

Valores y virtudes del Profesional Sanitario Cristiano

Miguel Payá Andrés

INTRODUCCION

Desde mi servicio como director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral, tuve la suerte de presenciar el nacimiento y los primeros pasos de la Asociación de Profesionales Sanitarios Cristianos. Eran los años de la década de los ochenta del pasado siglo. Las Iglesias de España hacían un gran esfuerzo por asumir un nuevo reto histórico, la necesidad de evangelizar el mundo actual, saliendo de su secular enclaustramiento y de posturas meramente defensivas. Para este nuevo objetivo, era necesario convocar, sobre todo, a los cristianos que vivían inmersos en ese mundo, a los laicos. Los obispos españoles se lanzaron a la tarea y organizaron encuentros de amplia participación y temática directa y viva: los Congresos nacionales "Evangelización y hombre de hoy" y "Parroquia evangelizadora". El eco de esta llamada pronto se escuchó en las diócesis, que en su gran mayoría convocaron sínodos y encuentros de todo tipo para concienciar al laicado católico sobre la necesidad de convertirse en cristianos testimoniantes y evangelizadores desde dentro mismo de las estructuras familiares, sociales y profesionales. Y dentro de este clima, un pequeño grupo de profesionales sanitarios, de distintas especialidades y tareas, sintieron la necesidad de agruparse para evangelizar el mundo de la salud. PROSAC se iría afianzando en la década siguiente con el inicio de las

Jornadas Nacionales en 1987 y la aprobación de sus estatutos en 1993. En su corta pero intensa historia, es obligado recordar a algunos de sus principales impulsores: al inolvidable Obispo de Huesca Javier Osés, cuyo magisterio y testimonio siguen vivos, al Dr. Joan Viñas, primer presidente de la Asociación, a Rudesindo Delgado, secretario de la Subcomisión Episcopal de Pastoral Sanitaria, y al teólogo José Antonio Pagola, que ha aportado la principal reflexión entre nosotros sobre la actual acción de la Iglesia en el campo de la salud.

La aparición de esta asociación de sanitarios cristianos recogía, ya en las postrimerías del siglo XX, tres grandes avances de la conciencia cristiana, que habían ido madurando a lo largo de ese siglo. En primer lugar, el redescubrimiento de la dimensión terrena de la fe cristiana, secularmente silenciada por una visión exclusivamente escatologista, con el nacimiento y desarrollo de la "teología de las realidades terrestres". Esta dimensión llevaría necesariamente a un segundo descubrimiento: la profesión laboral como forma concreta de la misión cristiana en el mundo. Y, en lo que respecta a la profesión sanitaria, un tercer avance de gran calado teológico, el acercamiento entre el concepto de salvación y el de salud, que tradicionalmente habían caminado en paralelo sin encontrarse. Estos tres elementos crearon el humus histórico para poder descubrir la identidad y misión del profesional sanitario cristiano.

Para desentrañar esta identidad, no voy a hacer un elenco analítico de valores y virtudes. Vosotros mejor que nadie sabéis que un conjunto de

órganos yuxtapuestos no forman un organismo vivo, ya que éste supone una unidad vital que los comprende e interrelaciona a todos. Análogamente, creo que es más exacto y realista intentar hacer una especie de retrato unitario de aquel que vive la profesión sanitaria como una forma de ser cristiano y de llevar a cabo la misión que como tal le corresponde.

I. EL DON DEL BAUTISMO Y LA PROFESIÓN SANITARIA

Lo que habéis descubierto es que la profesión sanitaria es para vosotros un modo concreto de vivir como cristianos. Ahora bien, esta toma de conciencia supone relacionar una profesión mundana y terrestre con todo lo que recibimos y con los compromisos que adquirimos en ese sacramento fundante que es el Bautismo.

Primero, con el don que habéis recibido en este sacramento. Nuestra cultura antropocéntrica y activista nos hace olvidar con demasiada frecuencia que lo primero en nuestra vida no es nuestra acción o nuestra responsabilidad, sino algo que nos es regalado previamente, el don de la misma vida. Existimos y tenemos libertad, es decir, capacidad de construirnos, porque Alguien nos ha llamado a la vida y nos ha hecho libres. Y a este nacimiento se ha añadido otro, el del Bautismo, que nos ha regalado una nuevo ser y unas nuevas capacidades, que transforman las que tenemos por el primero. ¿Cómo incide la gracia bautismal en vuestra profesión?

1. La asume

No dejáis de ser profesionales para ser cristianos; ni tenéis como una doble personalidad. Todo lo que es la profesión –sus finalidades, métodos, exigencias y condiciones- queda asumido y conservado como lugar histórico donde os toca ser cristianos. Y, de este modo, se os capacita para superar una serie de dualismos que fragmentan con frecuencia nuestra vida: espiritualidad y vida mundana, vida personal y profesión, trabajo y goce de la vida... El hombre es uno y la gracia bautismal reconstruye esta unidad desde sus mismos fundamentos. Porque al revelar y hacer posible la relación con Dios, permite descubrir también la importancia y valor de cada uno de los demás componentes de la vida y vivirlos de forma interrelacionada.

2. La purifica

El misterio del mal, presente siempre en el hombre y en la sociedad, amenaza con deformar vuestra profesión, a varios niveles:

- *A nivel ético*: intentando reducir la profesión a puro instrumento para ganar dinero al precio que sea, olvidando su componente de realización personal y cristiana, y su misión de servir a la sociedad y a la Iglesia. Esta visión puramente mercantilista de la profesión, la degrada y deshumaniza, es decir, la convierte en inmoral. El don bautismal, que os hace participar de la misma vida divina, os capacita para vivir la profesión como una forma de amaros a vosotros mismos y a los demás como Dios nos ama.

- *A nivel profesional*: limitando la capacitación profesional a lo estrictamente indispensable para lograr los fines crematísticos y eliminando todo afán de crecimiento a través de una continua formación permanente. El Espíritu que se introduce en nosotros por el Bautismo, decía Jesús que es como un manantial que fluye sin cesar, es decir, como un dinamismo que nos lleva a crecer en todos los ámbitos, incluido el de nuestra profesión: saber más, trabajar con mayor competencia, servir mejor.

- *A nivel estructural*: creando y manteniendo una organización y una distribución del trabajo basadas solamente en el egoísmo, la competitividad y el ansia de poder. El don recibido gritará siempre dentro de vosotros: “Pero vosotros no debéis proceder de esta manera. Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda como el que sirve” (Lc 22,26). Es decir, os impulsará a intentar mejorar esas estructuras sanitarias, tantas veces injustas e inhumanas, que vosotros sois los primeros en sufrir.

En definitiva, el don del Bautismo introduce en el sujeto una dinámica que le lleva a luchar contra todas estas tentaciones y a intentar superarlas desde la aceptación y vivencia de los valores evangélicos.

3. La eleva

El ser cristiano amplía los horizontes de la profesión y os capacita para vivirla con nuevas dimensiones:

- *Como una concreción de la vida divina en vosotros*. Dios nos hace partícipes de su misma vida, que es Amor. Pero esa vida divina nosotros la vivimos en el marco y circunstancias de la vida humana, y entre ellas, en la profesión. El mismo Jesús, siendo Dios, vivió esta condición en el mundo trabajando en la profesión de artesano o carpintero. Y con ello nos descubrió una dimensión insospechada del trabajo humano.

- *Como una realización de las aspiraciones más profundas de vuestro ser como personas y como creyentes*. Muchas veces trabajamos sólo por pura necesidad o para conseguir otros bienes; en estos casos, la profesión es algo marginal y penoso, que

soportamos porque no tenemos más remedio, y que no aporta nada importante a nuestra auténtica vida. Sin embargo, desde la visión cristiana, la profesión es un medio decisivo de realización personal y, por tanto, un camino de plenitud y felicidad.

- *Como un campo privilegiado para ejercer vuestra responsabilidad sobre otras vidas.* La persona sólo se realiza ayudando a otros a realizarse. Por eso un planteamiento puramente egoísta equivale a una especie de suicidio. La gracia bautismal, participación en el amor divino, nos abre continuamente a los otros y nos hace caer en la cuenta de que ellos forman parte insuprimible de nuestra propia vida.

- *Como una aportación original a la construcción de un mundo más humano.* El trabajo crea siempre civilización. Pero el problema es qué tipo de civilización crea. Puede crear, como sucede con demasiada frecuencia, una civilización inhumana, materialista y esclavizante. Desde el arraigo en la vida divina, el trabajo se convierte en factor de una civilización que ayuda, respeta y hace crecer al hombre.

- Y, en definitiva, *como vuestro camino principal para vivir la caridad*, que es el fin principal de la vida cristiana. Quizás para muchos cristianos la caridad sólo se ejerce en algunas ayudas puntuales y esporádicas a otras personas. No han descubierto que la caridad tiene que informar toda la vida humana y, por tanto, encarnarse en todas sus realizaciones. Y lo primero que tiene que informar es la profesión, que ocupa gran parte del tiempo de nuestra vida.

4. La realiza

El Bautismo os hace vivir la vida humana en plenitud, porque os revela el último sentido del hombre y os capacita para realizarlo. En efecto, la Iglesia confiesa que "el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Pues...Cristo...en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación" (GS 22). Es decir, sólo en Cristo y desde Cristo descubrimos y podemos llegar a ser verdaderamente hombres. Y, respecto a la profesión, Cristo nos revela también todo su profundo alcance humano y cristiano, y nos permite vivirla de modo que no sea un atentado o una reducción esclavizante, sino un aspecto prioritario de nuestro vivir en el que podemos desarrollar todas nuestras capacidades, satisfacer todas nuestras aspiraciones y ejercer las principales responsabilidades. Porque "mediante su trabajo, ofrecido a Dios, el hombre se asocia a la obra misma de redención de Jesucristo, quien dio al trabajo una dig-

nidad eminente trabajando con sus propias manos en Nazaret" (GS 67).

II. LAS EXIGENCIAS DEL BAUTISMO Y LA PROFESIÓN SANITARIA

Dios nunca nos regala sus dones para dejar inoperante nuestra libertad. Esa ha sido precisamente una de las grandes equivocaciones del pensamiento moderno: creer que Dios era competidor del hombre, que recortaba su autonomía y libertad. Al contrario, la acción divina dispara todas nuestras capacidades, libera nuestra libertad, tantas veces cautiva, y nos exige colaborar en su obra creadora y restauradora. Con razón decía Jesús: "Mi Padre no cesa nunca de trabajar; por eso yo trabajo también en todo tiempo" (Jn 5,17).

De ahí que la consagración de vuestra profesión sanitaria, causada por la gracia bautismal, os exija también vivir esta profesión con una serie de imperativos o retos a vuestra libertad que podíamos describir así:

1. Beber en la fuente

No se puede ser profesional sanitario cristiano sin ser profundamente creyente. Ahora bien, la fe no es nunca algo que podamos dar por supuesto sin más. Primero, porque está siempre amenazada; y, segundo, porque es una realidad viva que necesita desarrollarse y crecer. Y la fuente que alimenta y hace crecer la fe es la experiencia directa y personal del encuentro con Dios. Es el diálogo de escucha y respuesta que los cristianos llamamos oración, personal y comunitaria. Y esto os exige, primero, cuidar vuestra espiritualidad personal a través de la escucha de la Palabra de Dios, la oración asidua y la práctica de los sacramentos. Pero a estas exigencias personales se debe unir también la inserción en la comunidad cristiana, que es el lugar donde recibimos, compartimos y hacemos crecer nuestra fe. Precisamente vuestra Asociación tiene esta finalidad eclesial.

2. Tener claro el fin

El fin de vuestra vida es el mismo que tiene todo cristiano: cumplir el proyecto de Dios sobre mí y sobre los demás hombres, el Reino. Porque el proyecto de Dios es nuestra verdad y nuestra felicidad. Y esto os exige un esfuerzo continuo por realizaros personalmente desde la voluntad divina, ayudando a otros a que hagan lo mismo. Aunque parezca que se trate de dos fines distintos, están íntimamente unidos: yo no me puedo realizar más que en la medida en que sirvo a la realización de los demás. Decía Jesús: "Mi alimento es hacer la voluntad del que

me ha enviado hasta llevar a cabo la obra de la salvación" (Jn 4,34). Que es como decir: lo principal en mi vida es cumplir la voluntad del Padre sobre mí y ayudar a que los otros también la cumplan. Y este sentido de la vida es que ha de tener también todo discípulo de Jesús. Por eso nos enseñó a pedir sobre todo: "Hágase tu voluntad".

3. Purificar los móviles o motivos de mi acción

Aunque hayáis elegido esta profesión por motivos utilitarios, de ganancia, de realización personal o de filantropía, el creyente lo engloba todo esto dentro de su conciencia de misión: sois enviados a anunciar a Dios como Amigo de la vida y Salvador del hombre, y, por tanto, a comunicar a todos la esperanza de que la vida acabará triunfando a pesar de los obstáculos que se interponen en su camino. Muchos cristianos entienden el apostolado como una especie de actividad complementaria, a la que dedican el tiempo sobrante. No han caído en la cuenta de que la misión a la que se les llama como cristianos debe tener como cauce principal su propia profesión.

4. Ampliar los contenidos de la profesión

El contenido primario de la profesión sanitaria es curar la enfermedad física o psíquica. Pero este contenido primario no alcanza su objetivo si no es el primer paso y el acceso a una promoción de la salud integral, que ayude a dominar el propio cuerpo, a buscar condiciones saludables de vida, a liberar las ganas de vivir de las depresiones que produce la enfermedad y, en última instancia, a alumbrar la esperanza de que ni la enfermedad ni la muerte son el punto final de la vida, sino el puente que conduce a su maduración y realización plena. Sólo teniendo en cuenta todos estos contenidos, la profesión sanitaria puede vivirse como misión cristiana.

5. Adoptar el estilo de Jesús de Nazaret

Como decía Juan Pablo II, el profesional cristiano ha de "ser la imagen viva de Cristo y de su Iglesia en el amor a los enfermos y los que sufren" (*Christifideles laici* 53). De modo que pueda hacer suya esta síntesis de la vida de Jesús: ungido por la fuerza del Espíritu, pasó la vida haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el mal (cf. *Hch* 10,38).

Ahora bien, ser imagen viva de Jesús tiene dos exigencias principales:

a) *Amar a la persona concreta*, al "uno". Jesús no se dirigió a una humanidad abstracta sino que acogió y curó a hombres y mujeres concretos. Para él la humanidad era cada hombre, en su originalidad y circunstancias irrepetibles. Y esto os debe llevar a vosotros a tratar, no enfermedades, si-

no a enfermos; no a cuerpos disminuidos, sino a personas que viven la enfermedad de un modo concreto y determinado por sus peculiaridades y sus circunstancias. En una palabra, seguir e imitar a Jesús exige una acción sanitaria personalizada y humanizadora, capaz de superar el mero "profesionalismo" y el anonimato que imponen casi siempre las actuales estructuras sanitarias.

b) *Ser testigos de la misericordia de Dios*. Dios es para el hombre compasión, misericordia, perdón, ternura. Así nos lo enseñó Jesús con sus palabras, pero sobre todo con sus obras. Todas sus curaciones son manifestación del amor misericordioso de Dios hacia el enfermo y también hacia su familia. Él es el Buen Samaritano que ve al hombre medio muerto en mitad del camino, siente lástima por él, se acerca, lo cura y cuida de él, no sólo de forma gratuita sino comprometiendo sus propios bienes (cf. *Lc* 10,30-37). Y, después, nos dice a todos: "Anda y haz tú lo mismo". Porque quiere hacernos partícipes de su propia misión de revelar la misericordia del Padre: "Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso" (*Lc* 6,36). Aunque el curar sea para vosotros una profesión, que merece una retribución justa, el profesional cristiano necesita acercarse al enfermo con una actitud que desborda por completo las exigencias de un contrato y sólo se entiende desde la gratitud del amor cristiano.

b) *Ser testigos de la esperanza*, es decir, aportar posibilidades nuevas de vida y, sobre todo, de alegría. Con frecuencia, las acciones curativas de Jesús se realizan mediante el imperativo "levántate"; es decir, sal de tu postración, de tu espíritu derrotado, vuelve a vivir. Curar es siempre devolver las ganas de vivir y, por tanto, la alegría. Y esto, incluso cuando el enfermo se encuentra en situaciones físicas de deterioro irreversible. De ahí que sean tan importantes en la profesión sanitaria la capacidad de animar y la sonrisa; porque son la traducción del "levántate" de Jesús.

Pocas profesiones brindan una oportunidad tan privilegiada como la vuestra para construir la humanidad desde el hombre concreto, acogiéndolo tiernamente como hermano y aportándole ánimos y motivos para vivir, precisamente cuando la vida parece que está a punto de acabar. Y, desde la perspectiva cristiana, pocas ocasiones resultan tan significativas y con mayor probabilidad de eficacia como las que tenéis vosotros para ser testigos de la esperanza. No es extraño, pues, que la Iglesia considere vuestra profesión como parte integrante e insuprimible de su misión salvadora, asociada y dependiente de la misión del único Salvador del hombre, que es Jesús. ■